

Testimonios sobre el duelo y el hueco del deseo

Condiciones de validez, autorreferencialidad, reflexividad en *Diario de una Princesa Montonera*

El hueco del deseo = la literatura como sitio de concentración¹

Graciana Vázquez Villanueva*

A Noé por todas las luces brindadas, en infinitos colores.

RESUMEN

Leo los fundamentos de la convocatoria del coloquio Discursos sobre Discursos. Me detengo en dos enunciados formulados por sus organizadores: “un discurso pone en tela de juicio sus condiciones de posibilidad y sus pretensiones de validez” y “¿por qué ser efectivamente autorreferenciales hace que muchos discursos adquieran gran notoriedad?” El texto sigue: “la reflexividad inherente del discurso suscita preguntas sobre el estudio mismo del discurso”. Focalizo ciertos términos: *validez*, *autorreferencialidad*, *reflexividad*, para articularlos con un problema sobre el que investigo desde hace algunos años: los testimonios sobre la violencia política en Argentina y su relación con la verdad. Pienso en un libro que me conmovió, que primero fue un *blog* y, en transposición de soportes, se hizo diario, testimonio, ficción. Su autora, Mariana Eva Perez pertenece a una generación que reflexiona críticamente a

¹ No pude evitar poner estos tres títulos. Y no me sirve el lugar común “todo lo breve es bueno”. Sólo deseo que los lectores, labradores, como dice Michel de Certeau, en las tierras del otro, comprendan mi labranza sobre dos textos entrañables.

* Doctora en letras, con orientación en lingüística, Universidad de Buenos Aires. Profesora investigadora en la Universidad de Buenos Aires. Dirige el Observatorio sobre Violencias de Estado en Argentina. Instituto de Lingüística, Facultad de Filosofía y Letras. Universidad de Buenos Aires. 25 de Mayo No. 221, 1er. piso, C.P.: 1002. Tel.: 54-11-4334-7512, fax.: 54-11-4343-2733. Correo electrónico: <gvazquez@filo.uba.ar>.

través del arte sobre la represión para llevar al límite el agujero de la dictadura y armar una narrativa de la catástrofe que permita la discusión.

Su texto busca, a través del humor, los tres temas del coloquio. Primero, las condiciones de validez de su discurso (¿hay legitimación posible?). Luego la autorreferencialidad, para la que sólo es posible la pluralidad de discursos, de registros y un nuevo léxico. Esta autorreferencialidad se extiende, además, al cuestionamiento de la identidad y a la creatividad para tratar temas que para otros parecen estar saldados. Finalmente, la reflexividad, centrada en el acontecimiento traumático y en el propio discurso: llevar el testimonio al límite, romperlo, puesto que su “yo” muestra agobio por tener que vivir en el ejercicio del recuerdo constante. Pareciera que, como en *La memoria saturada* de Régine Robin, en el *Diario de una Princesa Montonera* el pasado se bate a duelo.

Palabras clave: *violencia política, condiciones de validez, autorreferencialidad.*

ABSTRACT

Having read the call for papers for the Discourse on Discourse Forum, I want to dwell upon two phrases conveyed by the organizers: "Any discourse puts both its own existential conditions and pretensions to validity at stake" and "Why is it that self-reference makes certain discourses so notorious?" This convocation goes on to say: "Discourse-inherent self-reference raises questions on the study of discourse itself." I will focus on certain terms: validity, self-reference, and reflexivity to articulate these problems within the subject matter which I have been researching for some years, i.e., testimonies on political violence in Argentina as related to truth. I think a book that moved me, which was first a blog and in transposition of standpoints, became a diary, testimony, and fiction. Author, Mariana Eva Perez belongs to one generation which, through art, reflects critically on repression in order to take to the limit the gap created by the dictatorship and thus put together a narrative of the catastrophe which might trigger debate.

Her text searches for the three themes of the Colloquium, through humor. First, the conditions of the validity of related discourse (Is there any possible legitimacy?) Then self-reference, only possible through the plurality of voices, registers and a new lexicon. This examination of self-reference also extends to the questioning of identity and creativity to address issues that others consider already resolved. Finally, focusing on the traumatic event and discourse reflexivity: taking testimony to the limit, and surpassing it since her own self concept had been overwhelmed by having to live continually exercising this

memory. It seems that, as in *The saturated memory* of Régine Robin, in the *Diario de una Princesa montonera* the past seems to be fighting a duel.

Key words: *political violence, validity conditions, self-referentiality.*

LO QUE ESCRIBÍ A MODO DE RESUMEN PARA ESTE COLOQUIO Y LUEGO REORIENTÉ FRENTE AL TEXTO DE NOÉ

Leo los fundamentos de la convocatoria al coloquio *Discursos sobre Discursos*. Me detengo en dos enunciados formulados por sus organizadores. Primero: “un discurso pone en tela de juicio sus condiciones de posibilidad y sus pretensiones de validez”. Segundo: “¿por qué ser efectivamente autorreferenciales hace que muchos discursos adquieran gran notoriedad?” El texto sigue: “la reflexividad inherente del discurso suscita preguntas sobre el estudio mismo del discurso”. Focalizo ciertos términos: *validez, autorreferencialidad, reflexividad*.

Trato de articular estos problemas con el tema que me preocupa y sobre el que investigo desde hace algunos años: los testimonios sobre la violencia política en mi país y su relación con la verdad. Pienso en un libro que me conmovió y, al mismo tiempo, me inquietó. Reconozco que una vez que empecé a leerlo no podía dejarlo. En un momento sentí que el libro me movía y me desestructuraba, me impulsaba a ver cómo pensé en el pasado y cómo lo hago ahora. Me llevaba hacia adelante. La inquietud de un discurso y por un discurso. Recordé a Maldidier escribiendo sobre Pêcheux. Estaba leyendo un libro que primero fue un *blog* y que, en transposición de soportes, luego se hizo diario, testimonio, autobiografía, ficción. Su autora, Mariana Eva Perez, poseedora de una historia de vida signada por la violencia —hija de desaparecidos, buscó a su hermano apropiado hasta su reencuentro; formada en un trabajo de memoria permanente, referente en Argelia como experta en derechos humanos frente al genocidio tutsi—. Se autodefine “una *Princesa Montonera*, ex huérfana *superstar*, hija de probeta de los organismos de derechos humanos de la Argentina” (Perez, 2012, p. 144) y ex integrante del “*ghetto* de los hijos”, “minoría muy privilegiada, urbana, educada, politizada, psicoanalizada”. Perez pertenece a esa generación que reflexiona críticamente a través del arte sobre lo que

pasa y lo que pasó.² Ese grupo de hijos de desaparecidos —el Colectivo Hijos, más precisamente—, que es una pequeña avanzada que habla sobre la dictadura a partir del arte y la literatura.^a

Primero el arte, luego la literatura, que tardó en llegar, y cuando llegó marcó una huella profunda, punzante; dio varias vueltas de tuerca en torno a la memoria. El “temita” define Mariana Eva Perez al tema de los desaparecidos, sus padres, pero también su propia historia signada siempre por una ausencia. El “temita” no para reponer el sentido de lo que pasó, sino para llevar al límite la reflexión sobre el agujero de la dictadura y armar una narrativa de la catástrofe que permita la discusión.

Desde su posición enunciativa de víctima, de testigo, de crítica, su texto busca, a través del humor (parodia + ironía), los tres temas que convocan a este coloquio. Primero las condiciones de validez de su discurso. ¿Hay legitimación posible?, me pregunto, frente a tanto discurso que ha establecido los tópicos y los modos de enunciar lo políticamente correcto sobre los desaparecidos. Luego la autorreferencialidad a través de la indagación que ejerce sobre la pluralidad de discursos que toma y que la constituyen —testimonios, imágenes, sueños, pesadillas, lecturas, sensaciones, fantasías y ficciones—, sobre los variados registros —de *bloguera* a académica— y, con ello, la reflexión sobre la posibilidad de crear un nuevo léxico para poder decir las cosas, enfrentada como está con unas palabras que ya no dicen nada, que no tienen sentido. Hay una búsqueda de un léxico que quiebre el modo de decir correcto de los organismos de derechos humanos. Esta autorreferencialidad se extiende, además, al cuestionamiento de la propia identidad —en el pasado, en el presente y hacia el futuro— y a la creatividad y la inteligencia con la que trata temas que para otros parecen estar saldados. Finalmente la reflexividad, centrada tanto en el acontecimiento traumático como en el propio discurso: llevar el testimonio —como género— al límite, romperlo, acabar con cierta vulgata del encorsetamiento. La *Princesa Montonera* muestra sus momentos de agobio por tener que vivir en el ejercicio del recuerdo constante frente a lo siempre ausente. Ejemplo

² Una cuestión de escritura y también de exploración a través de una red de discursos. Este artículo tiene notas a pie de página y un anexo al final compuesto por la transcripción de algunos documentos. Las notas indicativas de este anexo, al que titulamos “Anexo de fuentes para hechar el testimonio”, siguen el orden alfabético que se marca en lo sucesivo como superíndice.

de una *memoria saturada*, diría Régine Robin, en su *Diario* el pasado se bate a duelo.

Pero hay algo más. El lunes 20 de mayo, Fernando Castaños me envía el texto que Noé Jitrik escribió para este coloquio. Noé y la literatura, ese privilegio. Me sentí nuevamente inquieta frente a la lectura de su texto. Es que, en un principio, al saber que este coloquio sería un homenaje a Noé y su gesto fundador de la revista *Discurso, teoría y análisis* —remisión a la tarea productiva del exilio y mucho, mucho más, por supuesto—, yo, que siempre trabajo sobre discursos que no son literatura, había elegido este *Diario de una Princesa* para acercarme a la pasión de Noé. Pero aún me alteré más cuando en el programa vi el inicio, la conferencia magistral de Noé (“Ciencias sociales y discurso en crisis”), y luego, el último turno, al día siguiente, el mío. A ver, obviamente mi alteración no era por el lugar de los turnos de habla —bien ubicada estoy ahí y bien contenta—. El tema, y no “temita”, es que esa palabra final me ponía, y no por protocolo, frente a un deseo: ahora sí deseaba articular fuertemente mi discurso con el de Noé. Mi homenaje personal me hacía recordar los tiempos primeros en que nos conocimos, cuando Noé llegó a la Facultad de Filosofía y Letras en 1987. Dejo de lado los tiempos primeros, primeros, que cuentan con una prueba: una foto. Noé muy joven con un grupo de jóvenes amigos en un asado en la casa de mi papá: yo en la foto con flamantes seis meses. Pero, claro, cuando leo su texto ya todo fue conmoción:

si todo lenguaje es interpretante —escribe Noé— de aquello que sus signos refieren, todo discurso valida su existencia en la interpretación del objeto o del fenómeno que da a conocer; ésa sería su finalidad, su radical y básica condición hermenéutica.

(...)

Por otro lado, y considerando ahora la relación “signo/cosa”, la misma convencionalidad que se le atribuye instauro de manera similar un espacio de “insatisfacción”, de imperfección o de vacío entre ambos términos. Dicho de otro modo, si el signo es tal porque designa a la cosa, no siendo la cosa, y si la cosa es siempre otra respecto del signo que la designa, la cosa y el signo están en una relación que metafóricamente es de persecución: entre signo y cosa hay un hueco, un faltante eterno.

La persecución es incesante. El signo quiere algo con la cosa, tomarla, conocerla, no sólo en el sentido elemental de lo que es designar, sino también, y con más razón, en las construcciones que amplían el concepto de cosa, los discursos, y que exigen la intervención de varios signos o diversos tipos de signos.

Pero también hay que admitir el movimiento inverso: la cosa persigue al signo, lo que quiere decir que habría persecuciones recíprocas en las que, al no alcanzar el objetivo, siempre faltaría algo, eso es lo que llamo el “hueco del deseo” en el que se aloja la condición de posibilidad de toda literatura (...).

El discurso, entonces, no sería más que una articulación de ausencias, aunque la cosa, o el referente del discurso, esté siempre presente como cosa: es lo que lleva a significar.³

Noé me había dado el fundamento para vincular lo que venía escribiendo sobre *Diario de una Princesa*. Lo mejor, indudablemente, es la belleza de las frases que no ciñen ni reducen su reflexión teórica: “la cosa persigue al signo, lo que quiere decir que habría persecuciones recíprocas en las que, al no alcanzar el objetivo, siempre faltaría algo, eso es lo que llamo el ‘hueco del deseo’ en el que se aloja la condición de posibilidad de toda literatura”. La Princesa persigue la cosa —“el temita”, es decir, el hueco del deseo, y su viabilidad es la literatura—. Una persecución recíproca en el tiempo y un hueco a llenar con la palabra literaria. Nos cobijamos en Noé, la Princesa y yo; ella no lo sabe, pero seguro que le escribiré a su *blog* para contarle.

MIS INTERROGANTES

Primero una cuestión de fechas y un problema. El problema: saber cómo puede situarse una ética de la responsabilidad sin caer en la trampa de los abusos de la memoria. De manera esclarecedora, Robin sitúa esa dicotomía de la trampa, a la que considera largamente predominante, entre un “deber” de la memoria y un “trabajo de la memoria” (Robin, 2013: 20).

³ Noé Jitrik, “Ciencias sociales y discurso en crisis”, en este mismo número de *Discurso*.

En Argentina, en el 2004, aconteció el primer reconocimiento sobre la responsabilidad de los intelectuales en la lucha armada. Su autor: Oscar del Barco. Su texto: “Sobre la responsabilidad: no matar”, una carta encastrada en el discurso filosófico y en el discurso testimonial (Vázquez Villanueva, 2010). Un discurso sobre discursos, en el sentido de muñecas rusas, clama y dice verdad a partir de un específico trabajo de memoria. Acá en México proseguí con ese discurso filosófico que asume el trabajo de memoria en los escritos de Héctor Schmucler, en el decir lo que duele y otro y otros no quieren escuchar (Vázquez Villanueva, 2013). México, país de cobijo, siempre nos da esa posibilidad a muchos argentinos.

En 2006, Pilar Calveiro afirmaba en un número de *Acta Poética* que los hechos atroces que el Estado y sus sociedades niegan para eludir sus responsabilidades se enfrentaban con el relato de los sobrevivientes (Calveiro, 2006: 67). El testimonio para Calveiro ocupa un posicionamiento marcado en la discursividad social sobre la violencia que tuvo lugar en Argentina. De ahí que analice el impacto de lo testimonial en el trabajo de una memoria. ¿En qué consiste ese impacto? En la función del testimonio: un discurso que recuerda “el alma violenta, ilegal e ilegítima de los Estados desaparecedores, la impunidad del poder, las aventuras y desventuras de las resistencias y, sobre todo, su horizonte pasado y especialmente futuro de posibilidad” (Calveiro, 2006: 68). Una posibilidad ligada a la utopía y que ubico en una práctica discursiva ejercida con ética, es decir, con diálogo —como nos ha sabido explicar César González en su trabajo de ayer—. ⁴ Un diálogo con argumentos para hacerse oír y ponerse a escuchar. El testimonio de los sobrevivientes, para las ciencias políticas, es ubicado en enfrentamiento y lucha con la discursividad de ese tipo de Estado.

Ahora posiciono un interrogante nuevo, en continuidad con el primero y que se funda en el hilo de plata que vincula responsabilidad y memoria. El problema que me convoca ya no es el mismo. Me dice: ¿qué ocurre cuando el testimonio emerge en contraposición no a un Estado desaparecedor sino a un Estado que hizo de la política de los

⁴ César González Ochoa “La dimensión ética del discurso 1”, publicado en este mismo número de la revista.

derechos humanos un eje fundamental para la construcción de un imaginario social de conmemoración y justificación? Es una pregunta que surge a partir del arte y la literatura de los hijos de desaparecidos. Y ahí está: ¿Dónde puedo ubicar la validez de estos discursos sin ser sometida a polémica? Recuerdo debates previos sobre la Shoa-los negacionistas o revisionistas, los narrativistas; la imposibilidad o los límites de la representación; la historia puesta en crisis.

Signado por la historia de memoria, el testimonio volvía impulsado desde el poder de Estado en la Argentina.⁵ Lo ya vivido y producido frente a otros acontecimientos traumáticos empezaba a tener su política y la memoria sin el trabajo de duelo retornaba en su repetición: memoria museo, memoria sacra, memoria instrumento, memoria judicializada, memoria, finalmente, trivial. Aclaro los sentidos que doy a la memoria en ese encadenamiento de autores que la analizaron en nuestra tradición: Levi, Agamben, Koselleck, Nora, Halbwachs, Robin. Sus textos nos dicen que la memoria no debe ser banalizada ni puesta al servicio de una política, que ella necesita que sus rasgos específicos se protejan: su polisemia, su carácter vivo y de legado, su don de transmisión, distante de toda sacralización y museificación.

HACIA LA VALIDEZ

En 2012 leí un libro cuyo comienzo es un “saludo”: “Desde mi terraza en Almagro, tierra liberada, en puntas de pie entre dos macetas, agito mi mano lánguida hacia los balcones de los contrafrentes y te saludo, oh pueblo montonero. Del otro lado del mar quedaron el francés, el frío, las flores. Extrañé mi casa, mi castillo de cuento de princesas (...). En Almagro es verano y hay mosquitos —y si esto fuera un testimonio también habría cucarachas, pero es ficción—” (Perez, 2012, p. 9). Este saludo me ubicaba en un juego de percepciones plurales. Una escritura en guerra y con la guerra que empieza por cuestionar la sinceridad

⁵ El término *histeria* es de Régine Robin cuando escribe: “Saturación que proviene de la histeria por la relación con el pasado” (2013: 21) y lo formula en contraposición a lo que consideramos que es el problema —algunos de los interrogantes clave, afirma ella— de su libro *La memoria saturada: ¿Cómo situarse en una estética y en una ética de la responsabilidad sin caer en la trampa de los “abusos de la memoria”* (2013: 20).

autobiográfica, la transparencia del sujeto que escribe. El léxico —“tierra liberada”—, el saludo —“oh pueblo montonero”—. El espectro, los vendidos, devenidos en una metáfora: los contrafrentes, las casas de una ciudad que dan la espalda. Francia —el “otro” espacio— y Almagro, las flores y los mosquitos. Una batalla de géneros discursivos: un cuento de princesas, el testimonio y la ficción. Las cucarachas como una ironía hacia el género testimonial: la que persigue porque necesita un efecto de verosimilitud —el yo estuve ahí y la prueba que marcan el pacto de verdad con el lector—. Este comienzo, además, rechaza algunos sentidos del pasado —el pasado nos rige, se conserva, se administra, se narra, se conmemora, incluso se odia—. Y nos vincula a otros sentidos: el pasado como una imagen presente de una cosa ausente, una cosa ausente que se desdobra, a su vez, en desaparición y en existencia del pasado, en la positividad del “haber sido” frente a la negatividad del “no ser más” (Robin, 2013: 321).

Así comienza *Diario de una Princesa Montonera -110% de verdad*. Me pregunto sobre su autora. Preciso una pequeña biografía: la *web* me dispara “cerca” de 38 600 resultados (0.26 segundos). Textos en español, francés, alemán, portugués. Imágenes, videos, notas periodísticas, artículos académicos, un *blog*. Año de nacimiento, 1977. Licenciada en ciencias políticas de la Universidad de Buenos Aires. Actualmente cursa su doctorado en Berlín. Su tema de investigación: “Narrativas del terror y la desaparición”. Dramaturga y actriz, sus primeras obras se inscriben en Teatrolaindenidad de la asociación Abuelas de Plaza de Mayo.⁶

Sus padres, José Manuel Pérez Rojo y Patricia Julia Roisinblit, militantes montoneros, fueron secuestrados el 6 de octubre de 1978. Su padre tenía una juguetería en Martínez; a su madre le faltaban cuatro finales para recibirse de médica y estaba embarazada. José Manuel —sus nombres de guerra, *Matías* o *Aníbal*— era responsable de la columna oeste. Su madre dirigía el grupo de sanidad de esta columna. Mariana,

⁶ Sus textos para este proyecto son: *Peaje*, *Ábaco*, *Monólogos testimoniales*, *Manos grandes*, *Mi hijo tiene ojos celestes*, *La muñeca*, *Instrucciones para un coleccionista de mariposas* e *Instrucciones para un coleccionista de mariposas II*. Con *Peaje* (Ediciones del Rojas, 2009) ganó el VI Premio Germán Rozenmacher de Nueva Dramaturgia de 2009, otorgado por el Festival Internacional de Buenos Aires y el Centro Cultural Ricardo Rojas. La pieza fue publicada en edición cuatilingüe (castellano, inglés, francés y portugués).

de 15 meses, es secuestrada con su madre; luego, fue dejada en la casa de sus abuelos paternos, José y Argentina, donde creció. Su abuela materna, Rosa Roisinblit, es vicepresidenta de Abuelas. En 1981, en Ginebra, sobrevivientes de la Escuela de Mecánica de la Armada dieron certezas sobre el nacimiento del segundo hijo de José Manuel y Patricia, el día 15 de noviembre de 1978. El nombre que le dio su madre era Rodolfo en homenaje a Walsh. La militancia de Mariana en Abuelas comienza con la búsqueda de su hermano cuando, a los nueve años, le escribe a la asociación una carta que se publica en el diario *La Razón*. En 2001, Rodolfo recupera su identidad. Mariana va a verlo a su trabajo y le deja una carta: “Soy Mariana Pérez, mis padres están desaparecidos, busco a mi hermano nacido en cautiverio”. Le explicaba que en la sede de Abuelas se habían recibido denuncias sobre él. “Si tenés dudas sobre tu identidad y querés venir, te espero”.

Las denuncias recibidas en Abuelas confirman que Francisco Gómez —personal civil de la fuerza aérea— y su esposa Teodora Jofré se habían apropiado de Rodolfo. En un principio, el joven no acepta a su familia biológica ni cambiar su nombre: “quiero seguir siendo hijo de mis padres y no de dos personas que no conocí”.^b

Frente a esto, Mariana sostiene: “me siento una privilegiada porque me devolvieron a mi familia, me crié sabiendo la verdad y tuve toda la vida para acostumbrarme al dolor”.

Si bien su hermano tardíamente reconoció su identidad y cambió de actitud, actualmente la relación de ambos no es buena. La desaparición de sus padres sigue cobrando matices fuertes y cotidianos en la vida de Mariana. El 10 de abril de este año, el ex jefe de la fuerza aérea y ex integrante de la segunda junta militar de la última dictadura, Omar Graffigna, absuelto en el “primer juicio a las Juntas” en 1985, quedó detenido, acusado por delitos de lesa humanidad: uno de los hechos es el secuestro de los padres de Mariana.^c Mariana, fundadora de H.I.J.O.S, es expulsada de Abuelas. En una entrevista luego de la aparición del libro declara: “No estoy en contra de la militancia en derechos humanos, que desarrollo, sino más bien de ciertas formas políticas”.⁷ En

⁷ En: <http://www.lacapital.com.ar/7ed_senales/2012/7/edición_181/contenidos/noticia_5171> [Consulta: 20 de abril de 2013].

2012 publica *Diario de una Princesa...* Declara en una entrevista que le inquieta su recepción “dentro de ese mundo que yo llamo el *ghetto* de los derechos humanos”.⁸

EN UN PRINCIPIO: UNA IMAGEN

Inicio mi lectura con una frase del libro: “Le comenté a mi analista que tengo una imagen: una casa llena de palabras. Escribirme una historia que pueda habitar, quizá incluso que me guste habitar” (p. 77). La frase parece indicar que la única posibilidad que encontró Mariana fue la escritura literaria. Noé, en su texto, define al discurso como una articulación de ausencias, aunque el referente esté siempre presente. Ausencias y un eterno presente de lo ausente constituyen el núcleo, el tema, del *Diario de una Princesa...* En esa articulación de ausencias, Noé señala la validez de la escritura literaria: un sitio de concentración. Validación resuelta: el *Diario* en la articulación de ausencias y su presente de eterna ausencia que lo lleva a significar.

LA TRANSPOSICIÓN DE SOPORTES: DEL *BLOG* AL LIBRO, LA AUTORREFERENCIALIDAD Y LA REFLEXIVIDAD

El libro fue escrito primero en el *blog* de Mariana desde 2009 hasta 2010 (<http://Princesamontonera.blogspot.com.ar/>). Ahí se sumergía en una interacción que le daba confianza para seguir escribiendo —respuestas de amigos, de desconocidos, críticas y apoyos, comentarios (Wajszczuk, 2012)—. Con ellos reformula su texto o lo asevera, borra o busca más informaciones. Como si el *blog* fuera un archivo sometido a la presencia excesiva de memoria, resuelve convertirlo en libro. En esta transposición cierra el *blog*, que luego de la publicación del libro abre nuevamente.

Representante de una segunda generación, es consciente de que debe encontrar su propio modo de conexión con el acontecimiento y con

⁸ Ana Wajszczuk, “La ficción es liberadora”. Entrevista/Jóvenes narradoras. En: <<http://www.lanación.com.ar/1489614-la-ficcion-es-liberadora>> [Consulta: 21 de abril de 2013].

sus padres, y, sobre todo, debe articular los discursos que ha recibido: no solo en el *blog*, sino en su vida. Por esta razón, impone su propio proceso reflexivo sobre la historia y sobre la escritura literaria. Ahí focaliza la autorreferencialidad. Para no perder su genética originaria, el *Diario* se ordena como un diccionario, con entradas clave, discontinuas y fragmentarias:

Blog temático

Tengo *blog* nuevo: Diario de una Princesa Montonera. El temita este de los desaparecidos *et tout ça* viajó de polizón en las crónicas europeas, me boicoteó el plan de escribir sobre la escritura y hasta logró colarse entre los dichos de mi abuelo, al que no le gusta hablar de esto. Me cansé de luchar: hay cosas que quieren ser contadas, como mis escalofriantes entrevistas con el penitenciario Fragote o el almuerzo con Mirtha Legrand. El deber testimonial me llama. Primo Levi, ¡allá vamos! (p. 12).

El título del libro y esta entrada nos ubican en un primer problema: la imposible narración de uno mismo en oposición a una necesidad/deseo: “me cansé de luchar: hay cosas que quieren ser contadas”. El querer contar lo trágico, lo doloroso, el oprobio (los juicios a la Esma, sus visitas al sitio donde estuvo detenida su madre, lo que le contaron de niña sobre las torturas a sus padres y otros prisioneros, la ley de reparación económica impuesta por Menem) y la necesidad de hacerlo con el registro del humor negro: “el deber testimonial me llama. Primo Levi, ¡allá vamos!”. La Princesa explicita que las cuestiones teóricas —escribir sobre la escritura— no se pueden escindir de la propia experiencia del sujeto que narra, que es, en este caso, el mismo que reflexiona. Y con esto, su gesto: tratar de reconstruir algo para que esa historia se le haga habitable y así poder dar forma a lo que significa una ausencia. Eso, que Noé ha llamado el “hueco del deseo”, es literatura. En esa persecución entre signo y cosa, que deja un faltante eterno, está la grieta que para Princesa son sus padres desaparecidos, ella misma como bebé secuestrada y su hermano apropiado.

EL YO DE LA PRINCESA

Princesa

Las princesas guerrilleras nos llamamos todas igual: Victoria, Clarisa, María, Eva, María Eva. Hay nombres muy montos aunque sin referencia a ningún mártir: Paula, Daniela, Mariana, Lucía o Lucila, Julia o Juliana. Las niñas perras serán Clarisa aunque también Victoria. El nombre Tania me parece un hallazgo, es perro y fantasioso al mismo tiempo. También está el clásico recurso de ponerle a la niña el nombre de guerra de la madre, o pasar al femenino el nombre del padre. Festín y seguro retiro para nuestros psicoanalistas. Es muy difícil anonimizar un grupo de hijos. Todas se llaman igual. Se pueden lanzar sus nombres al aire y que caigan en cualquier lado (...). Todas princesas guerrilleras, hijas de la revolución y la derrota. Antígonas y Hamlets, todo en uno, en una. Niñas que saben coser y saben bordar pero la parte de abrir la puerta para ir a jugar te la deben porque se hicieron responsables por todo demasiado pronto por lo que recordaban y por lo que habían olvidado (...). Princesas de cuento equivocado. Princesas cuando en Disney no había princesas (...). Bambi y su madre asesinada (...). Me acuerdo de una huérfana de Alcott, Rose Campbell. Vivía con el tío paterno del grupo familiar Campbell-Campbell. El tío Alec era guapo y piola. En los cuentos de princesas guerrilleras, el tío Alec también está desaparecido. Crecieron las princesas. Son mayores (...) que sus madres. Son mayores que Antígona y que Hamlet seguro. Sobrevivieron. Ya se tiñen el pelo y se ponen cremas. Y siguen siendo princesitas huérfanas de la revolución y la derrota en el exilio de la infancia (pp. 18-20).

La Princesa Montonera cumplió con todo el protocolo

En la niñez, reverenció de palabra a sus nobles padres ausentes, mientras íntimamente y con culpa temía su regreso. En la adolescencia, lloró su suerte desdichada y odió a los milicos. A los veinte, se abocó a la búsqueda de compañeros de militancia, de cautiverio, amigos, ex novios. Se encontró con los que estaban en Buenos Aires y se carteó con los exiliados. Aprendió a decir nombre de guerra sin que sonara a delito, a ponerle incluso una entonación amorosa. Fue al Equipo Argentino de Antropología Forense, se enamoró de M como todas y se sacó sangre para identificar los restos de sus padres. Conoció los pasillos de Comodoro Py y tuvo trato con abogados, jueces y secretarios. Declaró como testigo y presentó un

escrito por derecho propio y sin patrocinio legal ¡Qué inocente! Dos veces le salió al encuentro al penitenciario Fragote, dos veces cara a cara con ese reptil de ojos verdes y lengua seca a cuyo alrededor bajaba la temperatura, ya les contaré. Fue a tantos homenajes a los compañeros detenidos desaparecidos y asesinados que ya no puede contarlos. Gritó Presente cada vez que los oradores se lo requerían y escuchó con asombro y desagrado el primer Ahora y siempre, hoy otro clásico. En momentos de arrebatos kirchnerista temprano, hizo la V de la Victoria. Conoció a Kirchner y le contó que había llorado con su discurso de asunción, cuando reivindicó a los desaparecidos y los puso a fundar la patria, a la altura de los próceres y los inmigrantes. Espero no arrepentirme, lo amenazó casi, porque ella siempre fue chúcará ante el poder. Te prometo que no te vas a arrepentir, le contestó Kirchner. Tiene una foto que registra ese preciso instante, donde se miran con ojos de enamorados. Oh, instante sagrado de la vida de la Princesa de la izquierda peronista. Clímax de fe en la política, orgasmo de credulidad (...). Ahora: Reunirse con los vecinos memoriosos de Almagro ¡se olvidó! Mirá lo que son las resistencias, comenta, sujeto y objeto de estudio al mismo tiempo. En cualquier momento empieza a hablar de sí misma en tercera persona como “el familiar”. Ya se van, pero se acordarán de hacer la baldosa de Paty y José juntos con otras de Almagro a fin de mes. Allí estará la Princesa Montonera, desempeñando su cargo con lealtad y patriotismo. Para no olvidarme, lo escribo en el *blog*, que es como pedirle a un grupo de desconocidos que me hagan acordar (pp. 28-31).

El yo de la *Princesa* se inscribe fuertemente en las estrategias de la posmemoria. Antígona y Hamlet a la vez, dice. Como Antígona, se enfrenta a un doble deber: el familiar y el de cumplir con la ley: proteger a sus padres a través de su escritura frente la prohibición de darles sepultura por ser considerados traidores a la patria. Hamlet: el espectro del padre. En el centro está su “casa llena de palabras y su necesidad: escribirme una historia que pueda habitar”. Posmemoria y escritura, recorro a los *Family frames* que Marianne Hirsch propuso para designar la transmisión de traumatismos a las nuevas generaciones. La posmemoria caracteriza la experiencia de quienes crecieron envueltos en discursos —sobre los acontecimientos— que precedieron a su nacimiento o que sucedieron cuando eran niños (Robin, 2013: 351).

Family frames: la Princesa es un sujeto saturado por las experiencias de los sobrevivientes pero al mismo tiempo tiene un hueco. Por eso reflexiona sobre su propia negatividad: la presencia de lo siempre ausente y su papel de ser, también ella, una sobreviviente. Como cuando da datos a los “vecinos memoriosos de Almagro” que quieren colocar una baldosa con los nombres de sus padres y escribe “esa baldosa habría que ponerla en la vereda del Castillo de Almagro, para que sea la propia Princesa Montonera quien ejercite la memoria como un músculo todos los días, para que se recuerde y reconozca ex detenida y sobreviviente, categorías a las que ella siempre se creyó ajena, la muy negadora”. Obligada al recuerdo permanente, su memoria es metáfora cuando deviene en bíceps a través de los discursos otros. Al fin de cuentas, como investigadora, ella es sujeto y objeto de estudio al mismo tiempo. Juego entre la primera y la tercera persona, del yo de la Princesa al “familiar”, el discurso señala la dificultad por encontrar su posición de identidad y su posición enunciativa.

HUMOR NEGRO

La niña negadora ubica en la página 32 su foto con Kirchner. Ella la manipula Pince_Néstor 01452 al incorporarle un angelito del amor y una burbujita con la frase “Oh! I’love Néstor”. Desmonta los lugares comunes: nombres muy montos, nombres todos iguales, que cayeron en cualquier lado —los niños, no los nombres porque no se los pudo anonimizar—; enunciados cristalizados —Lealtad y Patriotismo. Ahora y Siempre. Presente—. Apela a la liviandad: “A los veintipico había encontrado a mi hermano y había almorzado con Mirta Legrand. Tenía por delante una libertad abrumadora. No me imaginaba que alcanzaría esa victoria gracias a mi condición de huérfana. Eran los 90 y ser hiji carecía del glamour actual” (204 y 202).⁹ Declara sexista a la remera con la frase “Juicio y Castigo”: “Ya lo dije: hasta que no hagan un modelo entallado, no me la pongo”. En el día a día, describe su presencia en los

⁹ Mirta Legrand, conductora y actriz mediática, tiene desde hace cincuenta años un programa, *Almorzando con Mirta Legrand*, por donde han pasado políticos, actores, intelectuales. Mariana Eva Perez va a almorzar con ella cuando su hermano es recuperado en 2001.

juicios, las audiencias orales, los homenajes. Pide “un *fashion emergency* a la izquierda, por favor”.¹⁰ Y reconoce su postura crítica: “intentaré transmitir cómo fue que Argentina pasó de ser el reino de la impunidad a convertirse en esta Disneylandia de los derechos del hombre que hoy disfrutamos todos y todas” (p. 126).¹¹

La Princesa elige el humor negro porque sabe que con ese tipo de humor va a poner en tensión una serie de pasiones. Lo usa a propósito de un tema que suscitaría, contemplado desde otra perspectiva, piedad, terror, dolor. Emplea este tipo de humor porque, en general, está relacionado con los temas más oscuros y dolorosos, que suelen resultar controvertidos y polémicos porque están relacionados con la moral. El humor negro de la Princesa cumple con todo el protocolo: es un ataque mordaz, políticamente incorrecto y muy sutil de los enunciados y rituales fundadores de los organismos de derechos humanos, de la militancia montonera y del kirchnerismo: un léxico, museificación de la memoria —colocación de baldosas, placas, fotos/fotocopias, cuadros con los nombres e imágenes de los detenidosdesaparecidosyasesinados—. Dosis de ironía y sarcasmo y una atracción hacia la transposición velada de límites morales.

La Princesa ejecuta ciertas prácticas: tira el pañuelo de “hijos”, tira fotos viejas y regalos inútiles. Parodia las campañas de identificación de ADN: “Querida muchacha víctima del terrorismo de Estado: no dejes de concurrir al Equipo Argentino de Antropología Forense, ya sea para dar tu testimonio si eres sobreviviente como para dejar una muestra de ADN si eres familiar” (p. 161). Parodia las consignas montoneras: “Volví y soy ficciones”, “Ficción o muerte”. Es irónica consigo misma: “la esmóloga más joven, la niña precoz de los derechos humanos”.¹² Reconoce que “las demostraciones políticas enardecidas le dan un poquito de vergüenza ajena. Ella es todo recato y pensamiento crítico”. Detesta *el que no salta es un militar* (p. 70). Sin embargo, cumple el

¹⁰ Parodia de un lugar común del ex presidente Raúl Alfonsín en sus discursos de campaña: “un médico a la izquierda, por favor”, como manera de decir que estaba sumamente atento a los manifestantes.

¹¹ “Todos y todas” es la apelación cristalizada que usa la presidenta Cristina F. de Kirchner.

¹² “Esmóloga”, ejemplo de un término nuevo, hace referencia a la Esma, Escuela de Mecánica de la Armada.

protocolo y grita cuando nombran, en el orden de caída, 170, a José M.P.R. porque así lo aprendió del *Nene* y de Martín y de las tías de la Esma. Parodia e ironía horadan la orfandad y la ausencia, pero también el abuso de la memoria y la memoria impedida.

EN EL CENTRO ESTÁ EL ACONTECIMIENTO TRAUMÁTICO: EL “TEMITA”

Mandá temita al 2020 y participá del fabuloso sorteo “UNA SEMANA CON LA PRINCESA MONTONERA! (...). El *show* del temita. El *reality* de todos y todas (...). Una vida atravesada el 100% por el terrorismo de Estado (p. 39).

“Temita”, parodiado en un mensaje de texto de concurso. El trauma, se escribe desde el agobio, el dolor, y con una misión: el poder “duelar” a sus padres. Un diminutivo señala la dificultad por escribir sin caer en la solemnidad, en los lugares comunes. El dispositivo discursivo, donde reina el “yo” sobreviviente y lleno de discursos de la Princesa, inscribe su génesis discursiva sobre los discursos recibidos para desarticularlos. Este dispositivo se remite a una historia personal, ubicada en tres espacios (Argentina, Francia y Argelia). Además, rememora, de manera crítica y con muy fina ironía, la historia política, la historia judicial (el caso Esma), la historia de los organismos de derechos humanos: H.I.J.O.S y Abuelas.

El *Diario* nos promete un 110% de verdad. Ese 110%, irónico con la prueba, que es elemento privilegiado del testimonio en busca de *verdat* e *identitat*, articula diversos sentidos. Primero, cómo se arma un trabajo sobre una memoria. Luego, la diferencia entre recordar y repetir. Finalmente, la distinción entre duelo y represión, en la búsqueda de un pasado que se vuelva aceptable. Contra las frases políticamente correctas, el *yo* de la Princesa empieza a desmontar la construcción de lo que Ricœur denominó “una memoria impedida”, acompañada de olvidos inconscientes u organizados. Por eso, para escribir una historia aceptable y posible de habitar, empieza por el léxico y los nombres.

LA PRINCESA NO ESCRIBE COMO PRINCESA

En un principio la Princesa no encuentra un léxico para su *Diario*. Hace una lista sobre el “temita” que los hijos de desaparecidos no pueden usar “con la misma inocencia que la gente normal”, y son las palabras que llevan impreso el exterminio: “centro, parrilla, traslado, máquina, tabique, pentotal”. Prefiere poner en texto una nueva manera de decir las cosas para desarmar los enunciados cristalizados del relato sobre los “compañerosdetenidosdesaparecidosyasesinados”. Los hijos de desaparecidos son “hijis”, la militancia es “militoncia”, los militantes son “militontos”, la apropiadora de su hermano es “la multiprocesapropiadora”. Los “hijis” están en “un *ghetto*” y ella es “la huérfana expulsada del *ghetto* que creía que la habían olvidado, o que si se la mencionaba era para repudiarla” (p. 63). Palabras que no sabe cuándo comenzaron pero pertenecen a su grupo: “los hijis”. Palabras que la conducen a una palabra que privilegia tras su arduo trabajo de memoria. Una palabra en alemán, *weg*, que significa “no estar ahí” y “camino”. Ella no está ahí, sus padres no están ahí, los tres son un camino. Ella sólo cuenta con unos objetos y unas pocas fotografías para un trabajo de construcción personal dificultosa, que se inicia con el testimonio de los sobrevivientes, pero también con su rechazo hacia las miles de denuncias anónimas que recibió cuando trabajaba para las Abuelas.

De este modo, frente a las denuncias anónimas y, más precisamente, frente a la DENUNCIANTE,¹³ que es la apropiadora de su propio hermano y a la que ella escucha, se pregunta: “¿Cómo contar? ¿Con qué nuevas palabras? ¿Cómo extraerme de la prosa institucional que se me hizo carne cuando escribía la propaganda que el *Nene* me pedía y no me dejaba firmar? ¿Podrá la joven Princesa Montonera torcer su destino de militonta y devenir Escritora? (p. 46) Expulsadas las denuncias—discurso privilegiado por las organizaciones de derechos humanos—, toma los testimonios de los sobrevivientes. Ahí encontrará el camino hacia el “no estar ahí”, es decir, la memoria de sus padres.

¹³ Las mayúsculas son del texto original.

LOS NOMBRES

Su padre es José M.P.R. Quita los acentos en José y en Pérez. Resuelve ser Perez y que su papá sea Jose; traza el vínculo entre su origen gallego y judío, mencionado varias veces a lo largo del libro. No se anima a quitar la “z” pero sí el acento, porque refuerza mucho para un lado. Su madre es Patricia J.R. Ella es M. Su hermano no es Guillermo, nombre puesto por sus apropiadores, ni Rodolfo. Es Gustavo. Gustavo Niño era el nombre de guerra del capitán Alfredo Astiz cuando secuestra a las madres y abuelas fundadoras en la iglesia de Santa Cruz. Su bronca se deja sentir en la elección de ese nombre: Gustavo localizado “en-2000-restituido-en-2004, nunca dejó de ser una visita” (p. 52). Sus abuelos paternos son José y Argentina. Ahí no hay cambio de nombre. Su abuela materna Rosa Roisinblit es *Site*: un sitio en la *web*, en la memoria. La asociación Abuelas de Plaza de Mayo son... El dirigente de Abuelas es el *Nene*. Su antagonista, con el que se enfrenta. Ella también es MP y PM, como mamá y papá y papá y mamá, pero también Pueblo Montonero y Princesa Montonera. La *m* y la *p* son las primeras letras que aprenden los niños luego de las vocales. Estas letras son el símbolo de su condición de huérfana en el exilio de la infancia.

EL “TEMITA” TRAE MOMENTOS ANGUSTIANTES

En un momento la Princesa descubre que su papá vivió hasta 1979. En otro encuentra la ficha de seguimiento que le hicieron a ella “por militontear, los de la DIPBA” (Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires). La relación con su hermano, su tensión: “hubo un error en los análisis genéticos y Gustavo no es mi hermano. Sí es un niño desaparecido pero me lo asignaron a mí” (p. 33), “su voz por teléfono me provoca rechazo, es de ellos, de Los Otros”. Tensión con su hermano y con Abuelas a las que ve ejerciendo el poder de un aparato. Un ejemplo: cuando muere su abuela Argentina, frente a su pobreza y dolor, emerge la mediatización de las Abuelas y la presencia “como invitado” de su hermano:

En medio de mi pena “porque lo relato así, *light*, para no agobiarlos, pero yo sufría y lloraba, no vayan a creer que soy tan insensible, era mi-abuela-la-que-me-crió, tuve que aguantar su presencia en el rol de deudo invitado, recibiendo pésames sin amagar con hacerse cargo de nada. Seguro que ahora con la profundización del modelo nacional y popular cambió todo, pero en ese entonces el cajón de PAMI era la ignominia misma. Había que comprar otro. Si lo querés con recibo, te tengo que cobrar el iva. No, gracias, señores de la cochería de Scalibrini Ortiz y Cabrera, sin recibo está bien. Todavía me faltaba pagar la cremación. Al velorio vino la tele. TN creo. Todavía no se hablaba de monopolio. El *Nene* me preguntó si quería dar una nota. Dije que no. Habló alguien de... Nada de esto me pareció raro. Al momento de salir para Chacarita se planteó el problema del transporte. El *Nene* me dijo, paterno: quedate tranquila, yo me ocupo. Y pidió taxis para todos a nombre de... Un par de meses más tarde daría la orden de que me lo descuenten del sueldo (pp. 52-53).

DEL *NENE* A JOSE

Un sobreviviente de los setenta condensa su crítica a la política ejercida por los organismos de derechos humanos y por el kirchnerismo:

Pienso en el *Nene*, en el *Nene* hoy, con su tos de fumador, su hábito de beber en horas de trabajo y su puesto encumbrado en... y casi me alegro de que Jose tenga eternamente veinticinco años. Que esté desaparecido por intentar reengancharse como un boludo en 1978. Que no haya devenido triste fotocopia del militante político, un operador profesional, un canalla que aparatea hasta los velorios. Siempre un montonero guapo, joven y mártir y nunca un claudicante ni un traidor. Hola, hijo de puta. Volví y soy ficciones (pp. 23-24).

La ficción se hace explícita en la crítica al clientelismo que fue tomando Abuelas y en la valoración sobre su padre en la contraofensiva montonera. El insulto al *Nene* —“una triste fotocopia de militante político reducida a conseguir puestos en el Estado, para los amigos, para esta cosa clientelar” (p. 151)—, opuesto al montonero joven y mártir pero reenganchado como un “boludo”:

Cuadro dice el *Nene*, fierros, caños, minuto, operación, acción, control, pie telefónico, embute, buzón, perejil, jetón, nombre de guerra. Ella nunca escuchó a nadie decir semejantes cosas. Ella tiene 18 años (...). El 2 de enero de 1996, el primer día hábil que no va a la escuela, se toma el 64, se baja en Once y se dirige a... Anuncia que viene a colaborar (...) está el *Nene*. Él no cayó de la nada como ella. Él volvió. Volvió el *Nene* dicen todas arrobadas. Ella ve un señor en sus cuarenta y largos, ya con panza y canas, con bigote montonero o policial (...). La primera impresión es ambigua: entiende que tendría que caerle bien, pero no. Un día, la abogada le dice en la puerta de calle, enigmática: ¿sabemos quién es el *Nene*, por qué volvió? Una chica de H.I.J.O.S lo acusa de entregador de su propia compañera. Con otros hijis, lo encaran en su pieza-oficina. El *Nene* fuma como loco, le tiemblan las muñecas (...). Se defiende y se victimiza. Los psicopatea con maestría (...). Acaso su cerebro montonero vislumbra el objetivo distante y la estrategia. Empieza la etapa de captación y formación. El *Nene* los invita a su casa, hace empanadas o asado, descorcha vinos, habla de fierros, de embutes, les enseña cantitos qué lindo, qué lindo, qué lindo que va a ser el hospital de niños en el Sheraton Hotel, con los huevos de Aramburu vamo'a hacer una escalera para que llegue hasta el cielo nuestra Evita montonera y uno de melodía indescifrable y verso libre, unidad, unidad, la unidad la vamo'a hacer a cadenas. Les confía, como si fuera un gran secreto, que en la militancia le decían el *Nene* (pp. 68-69).

El *Nene* busca *verdat e identidad* a partir de un discurso reivindicativo y sin efectos de realidad. En su opuesto se encuentran Jose en sus 25, y la Princesa que desea protegerlo a pesar de que “está en las antípodas del Fervor montonero pregonado por su padre”.

LOS TESTIMONIOS ANÓNIMOS: EL RECHAZO

Anónimos y por teléfono. De ahí su “fobia la tuvo, producto de los años de denuncias telefónicas en...” (p. 41). Teléfono: nombre dado a una de las formas de tortura. A los anónimos dice “las odiaba”. Hombres y mujeres, “sobre todo mujeres, que no tenían el coraje de encarar al chico o a la chica en cuestión, ya mayor de edad, para decirle lo que sabían. Preferían hacer un llamadito anónimo y tercerizar la responsabilidad en

las familias víctimas. A las que llamaban en 1999, en 2003, en 2005, para contar que un día de 1976 Fulana y Mengana habían traído a su casa un bebé, un hijo, decían (...). A las que gozaban al detallar cuál de los dos no podía. A las mamás de compañeritos de primaria” (p. 41).

Como prueba transcribe diálogos grabados. Una DENUNCIANTE 2 llama dando datos sobre su hermano cuando ya había sido recuperado, pero no se anima a hablar con él. M le pide que le hable, así deja de creerle a su apropiadora. La denunciante dice: “pero si él la quiere”. A partir de ahí contrapone su carta escrita a los nueve años a pedido de *Site* —aclarando que la DENUNCIANTE 2 debía leer otro diario—, a las campañas por la tele que organiza el *Nene*, a las pilas de denuncias que se le venían encima. Ella, “encadenada” a esas denuncias, oía una y otra vez cómo parían las detenidas, también encadenadas, en la Esma. Ella escucha a VILLANA, la mujer que amamantó a su hermano a pedido de sus secuestradores: “una mujer le da la teta a un bebé de cinco días que no es suyo, que es de otra madre, que pasará a otras manos y no le importa. A tragar mentiras de ahora en más, bebé. Total, no sos más que un bebé (...) DENUNCIANTE 1, que le dio la teta y le ocultó la historia durante veintiún años, me parece más perversa que Videla” (p. 45).

LOS TESTIMONIOS DE SOBREVIVIENTES

La historia. Una noche la Princesa escribe: “Terminé arrodillada frente al inodoro, llorando que vomitaba Historia. Con mayúscula la vomitaba”. La Princesa reflexiona sobre el testimonio como género, sobre sus características en un espacio, Argentina, y lo considera “encorsetado”: con un modo de narrar, un orden para la historia, unas palabras específicas que se deben emplear. La palabra testimonial asociada a la verdad y a un tipo de historia que concibe que sólo los testigos/protagonistas tienen derecho a hablar/escribir sobre el tema de los desaparecidos y la dictadura. Quiere invalidar este género así concebido. ¿Cómo hacerlo, ya que ella también cuenta verdad y se basa en testimonios?

La Princesa de la historia en su Castillo Solitario recibe un llamado de E, el papá de Vero, la única que me tuvo paciencia para que nos hiciéramos amigas en los comienzos de H.I.J.O.S. (...). El que reaparecía por los rin-

cones de mi biografía, pero nunca con un protagonista como ahora. Te tengo que contar algo increíble. Yo conocí a tu viejo, *el Gallego*, lo conocí en Caseros. No sé cómo nunca me di cuenta, cómo nunca vi una foto de él en... no entiendo. Yo lo conocía del colegio La Merced, del barrio (...). Lo que nunca me olvido es la última vez que nos vimos (...) él me hizo una seña para que siguiera caminando hacia una calle menos transitada y ahí nos dimos un abrazo. No hablamos casi nada. Le conté que había nacido Vero y él me contó que también estaba a punto de tener un hijo. Ahora me doy cuenta de que hablaba de vos. Justo después de haber vomitado Historia, no pude correr a su brazos como lo habría hechos a mis militontos veinte años. Le dije te llamo después y no lo llamé más (pp. 63-64).

No lo llamó pero le envió un *mail*: Homenaje a su padre en el partido donde nació y militó, pedido de fotocopias, ella y su corazón de huérfana que no tolera más “un panel con fotocopias”, no quiere su carta donde firma como Matías-responsable militar Columna Oeste el 28 de julio de 1977. Le dice a E: “quiero llegar a Caseros liviana, con mi vacío a cuestas”, “mi viejo es mi gran agujero negro” (p. 65). Acá comienza la rememoración por su padre. Ya no es Antígona y piensa en Edipo. Para ubicarse traduce el testimonio de una sobreviviente tutsi. Reflexiona sobre la práctica de la traducción, en cómo traducir un término en francés: el “fueron muertos” que enuncia la sobreviviente por “asesinados”. Quisiera poder traducir este testimonio sin que desaparezca la testimoniante (p. 67). La Princesa no quiere desaparecer en el testimonio: quiere su *ethos*: no de víctima, no de sobreviviente, no de militonta ni de académica. Su *ethos* de escritora/traductora entre pasados, entre discursos, intersemiótica, podríamos decir.

LA PRINCESA RECOMIENDA LECTURAS

Varios mundos paralelos son los de la Princesa: la misa a los *scouts* desaparecidos en Caseros; el tejido *crochet* —fue educada por sus abuelas— que realiza mientras asiste a los juicios de la Esma: las agujas, para poder extirpar su bronca, teje y teje; la transcripción del tango “Poncho del olvido” cuando ve una foto de su papá con un poncho, que le traen sus amigos de Caseros, y descubre que es el mismo con el que su abuela la

cubría cuando iba al colegio y al que llamaba “poncho del olvido”. Las experiencias cotidianas se entrecruzan con lo académico. La pregunta sigue siendo ¿cómo contar sin caer en el testimonio “verdadero”? Entonces transcribe parte del libro del sociólogo uruguayo Gabriel Gatti, cuyos padres fueron secuestrados en Argentina:

“Este trabajo se enuncia desde un lugar singular: mis tripas. Pues hablo yo, no lo oculto. Soy sociólogo y familiar de desaparecidos”. Así empieza el libro de Gabriel Gatti que están leyendo mis futuras compañeras de trabajo en Alemania. Vértigo: se puede escribir con un pie en la ciencia y el otro en la biografía, no perder rigor ni compromiso, y escribir lindo y decir Algo, incidir, más, cambiarle la vida al lector. Gabriel, a quien no conozco pero ya quiero, pudo “...Hacer identidad desde un lugar lleno de heridas, agreste, incómodo, sabiendo que la identidad que se hace ahí no puede renunciar a esas marcas, que el trauma que acuñó acuña, pero que, por raro que sea, es un lugar vivible, pensable, creativo incluso. Que el vacío que la catástrofe de la desaparición forzada de personas produce es habitable y narrable. Y a veces agradable”. Gabriel está hablando de esto que escribo (...). Pero ¡jojo! Que somos muchos los hijis, millares estamos calculando y somos sólo una minoría muy privilegiada, urbana, educada, politizada, psicoanalizada, caída del *ghetto*, o al menos con una antigüedad considerable dentro de sus murallas, los que podemos revertir el signo de la marca (pp. 163-164).

Primero: la reflexión sobre el entrecruzamiento entre escritura académica —científica dice— y escritura literaria, autobiografía y testimonio. Es decir, el don poético en la teoría como en Roland Barthes escribiendo sobre sí mismo. Luego la demarcación. Somos muchos sí, pero sólo algunos: la minoría, la vanguardia, ya no fierrera si iluminada. En cierto modo son hijos de sus padres. Finalmente, el signo de la marca, o la marca de la bestia, que es barbarie, y también la marca del *ghetto*. La Princesa está en esa vanguardia para revertir con saber y biografía.

Ahí, en el centro de los nombres y del acontecimiento, está ella, M, la víctima devenida ahora en escritora. Opuesta a la historia oficial de los organismos y al estructuralismo testimonial, a una red de discursos, edificante y necesitada de maestros y modelos, a todas las cosas que a fuerza de decir algo ya no dicen nada. Sin embargo, en

ese centro, sabe bien que las víctimas adquieren autoridad histórica. Y más cuando arman su tragedia a partir del arte y la escritura literaria. Desde sus indagaciones teóricas, la Princesa pone en práctica su interés en contar ese hueco del deseo, sin apelar a una legitimidad fundada en la experiencia del dolor —esa condición de producción/enunciación socialmente aceptada, afirma, por los organismos de derechos humanos y cierto discurso académico—. La Princesa ha resuelto correrse, lateralizarse de esa posición de autoridad, desarticular la clave testimonial que iba a tener la lectura de su libro. Inicia, entonces, la construcción de otra legitimidad, donde lo vivido, reconocido como propio, protege a sus padres y a ella en un cuento de Princesas donde les sea posible vivir a los tres.

Ella desde su posición de testigo y víctima, renovada en escritora y traductora, deviene en su propia parábola y realiza su propio trabajo de duelo. Princesa negadora no sólo de su condición de sobreviviente, sino de la memoria como culto del recuerdo. Por eso en el paratexto cita: “No quiero cantarle a los que están ausentes/Quiero cantarle a los que están presente”,¹⁴ y refuerza: “Es la medianoche en Tokio, son las cinco en Mali, ¿cuál es la hora del Paraíso?”¹⁵

Sin paraíso posible, habiendo salido y transitado un infierno absolutamente lejano a los cuentos de Princesa, clama con humor negro pero también con desgarró la presencia al dedicar su libro a *todos mis amigos y Jose, mi alegría*, su padre, en su ausencia siempre presente, ahora recuperado por su propio trabajo de memoria. Alejada del *ghetto* pero “más cerca de los que no están en el poder (en el proyecto dirán ellos), de los que no son ni legisladores ni funcionarios” cumple con su meta: “Escribir hasta quedarme vacía, limpia y nueva”. Vacía de aquellos discursos recibidos que le impedían reconocer su trabajo de duelo y de memoria. Todos fragmentos, todo hilvanado, sus sueños y sus *mails*, los relatos cortos y las fotos que manipula para llegar a tener una foto con

¹⁴ Fragmento de una canción de la banda colombiana Bomba Estéreo.

¹⁵ Parte de una canción del dúo musical Amadou y Mariam, proveniente de Mali. Oriundos de Bamako, se conocieron en el Instituto para Jóvenes Ciegos de Mali. Se especializan en una música fusión: los ritmos tradicionales de su patria con guitarras eléctricas, violines de siria, trompetas cubanas, ney egipcios, tablas indias y percusión dogón, dando forma a un estilo conocido como “afro-blues”.

su madre y con su padre. Una avanzada que reconstruye y rememora. Por eso la Princesa escribe: Paty *und* Jose *sind weg*; están ausentes pero, también, siguen caminando.

EL HUECO DEL DESEO SOBRE EL QUE REFLEXIONÓ NOÉ. VUELVO A SU TEXTO

(...) el discurso —escribe Noé— se dirige hacia una zona que puede no ser la del significado de la oración ni la zona del significado de la palabra ni la de un referente. (...) Esas frases se dirigen respectivamente a zonas de saber diversas a las que llamamos “zonas discursivas”. (...) Por esta razón, las frases de tipo afirmativo parecen, sólo parecen, estar más cerca de la verdad o de la evidencia de la falsedad o del enunciado que no es ni una ni otra cosa.

Repito Paty y Jose están ausentes pero, también, siguen caminando. La aserción y su camino zigzagante, a veces tortuoso, a veces amoroso, hacia una verdad y una historia o casa habitable y vivible. La zona discursiva, vuelve a escribir Noé, “el lugar al que se dirige la frase como un lugar de saber, queda aislado en la consideración filosófica pero, en cambio, ordena el trabajo del lenguaje y lo relaciona con el orden o la experiencia de lo real”. Lugar del saber: la Princesa ha pensado en Levi y en Arendt. Primo y Hannah serán los nombres de sus hijos.

En este tiempo, yo, y digo yo con duda porque prefiero decires más neutros, en eso soy barthesiana, he intentado indagar, a partir del escrito de Noé, una zona discursiva, tejida en el lugar de un saber y de una experiencia corporizada. Por eso recuerdo un trabajo hermoso de Pablo Yankelevich titulado “La casa de Noé” que leyó en Puebla en 2001. Noé es una casa de palabras con todos sus sentidos, al menos para mí, desde los tiempos primeros, primeros. Rememoro cuando Noé nos traía artículos de mexicanos y franceses, de argentinos y uruguayos, muchos en el exilio —a los que luego tuve la dicha de conocer *face to face*, diría la Princesa—: Mier, Castaños, González Ochoa, Carbó, Pereda, Quesada, Courtine, Dorra, Rosalba Campa, Fisher, incluso Van Dijk. Recuerdo cuando fue evaluador de mi tesis. Y ya que estamos

trabajando la memoria, rememoro a mi papá entregándome, a los siete años, *Muerte y resurrección de Facundo*. En aquellos tiempos no todas las nenas leíamos cuentos de princesas. Mi papá venía con el pan recién salido del horno. Era 1968. La edición, del Centro Editor de América Latina. Para mi dicha, el libro vino acompañado con la visita de un amigo; él era pintor. Su nombre, Enrique Aguirrezabala, que también fue un muy buen amigo de Noé. Enrique pintó a la nena en su lectura —del título y en plena campaña de silabeo—. Así fue mi primera lectura seria y mi primer cuadro: arte y literatura vinieron juntos. “Graciana leyendo”, que mi mamá atesora mucho más que si tuviera al *Guernica* en el *living* de su casa. Este cuadro es mi experiencia, en el alma y en el cuerpo. Todos sabemos que los padres son muy buenos tejedores. Hoy, Eduardo, mi papá, y Enrique están en su ausencia siempre presentes, conmigo.

Chúcara yo frente a las vanguardias iluminadas, si soy dada a un deseo: la búsqueda de la luz y en todos sus colores porque así la necesitamos: tenue y sutil, brillante y refulgente, sublime y generosa. Noé es así: luz con muchos colores que orienta, en aquello que siempre se me presenta difícil y es mi faena: lo incesante de la significación. Noé, mi respaldo: ordenar el lenguaje, que parece, sólo parece, ordenar la experiencia de lo real.

ANEXO DE FUENTES PARA HECHIZAR AL TESTIMONIO

a. Mariana Eva Perez, en una entrevista, pide que su libro se lea en puente con la producción artística y literaria de otros hijos de desaparecidos: Albertina Carri, que abrió la puerta con el film *Los Rubios*; Lucila Quieto, con la fotografía en *Arqueología de la ausencia* y *Filiaciones*; la artista plástica María Giuffra con *Los niños del proceso*; Ángela Urondo y su libro *¿Quién te creés que sos?* Una avanzada que reconstruye y rememora la escribo al final de mi texto. Para contextualizar el Colectivo de H.I.J.O.S, transcribo parte del prólogo que Ana Longoni escribió sobre la muestra de Lucila Quieto:

“No tengo ninguna foto con mi papá”. El motor inicial de *Arqueología de la ausencia* es el deseo de esa foto inexistente e imposible (Carlos Alberto Quieto desapareció cinco meses antes de que naciera su hija), deseo que Lucila narra como una obsesión que la acompañó a lo largo de sus primeros veinticinco años. Su búsqueda atravesó por distintas pruebas y experimentos: desde recortar y rearmar los rostros fusionados de su padre y su madre partiendo de sus respectivas fotos carnet hasta imaginar un frondoso árbol genealógico que incorporara las fotos de todos los desaparecidos y sus hijos. Un día reprodujo en diapositivas las fotos que guarda de su padre y las proyectó amplísimas sobre la pared. Al principio se retrató a sí misma mirando desde un margen exterior la imagen proyectada. Finalmente arriesgó la fórmula: “Lo que tengo que hacer, me dije, es meterme en la imagen, construir yo esa imagen que siempre había buscado, hacerme parte de ella”. Al colarse entre el proyector y la pared, el efecto fue prodigioso: cuando la piel se evidencia y se vuelve por un instante pantalla, o, mejor, soporte para que esas imágenes de otro tiempo se hagan cuerpo, ocurre el encuentro. En el registro de esa *performance* inesperada se produjo “una imagen que los contenía (por primera vez) a los dos”, padre e hija. Aparecieron sin preverlos los gestos parecidos, las mismas poses, las resonancias familiares en la risa, la emoción, la mirada. Mis ojos son tus ojos. “Lejos de quitar las almas de los hombres, estas fotos las devolvían. Sucedió lo inverso que en 1976: aparecían”. “Lo que aparece entonces es como una revelación: algo de lo que se ve ha estado siempre en el espejo. Algo de lo que no se ve permanece como una certeza mutante”. “Y vuelvo a pensar que sólo desaparece lo que no deja huella”. Una amiga de Lucila, también integrante de H.I.J.O.S, vio las fotos y pidió: “yo también quiero tener una

foto así”. Siguieron otros. El procedimiento implicaba que hijas e hijos seleccionaran y prestaran esas fotos atesoradas de sus padres o madres violentamente ausentados, Lucila las pasara a diapositivas y luego organizaran una sesión en la que se proyectaba la totalidad de las imágenes y se generaba el juego en el que el hijo o la hija, a veces hijas en plural, a veces incluso nietos, se integraran a la escena. Ahí, en medio de esa escena, Lucila tomaba las nuevas fotos. Fue por ese entonces que Lucila, *la Tuta*, puso un cartelito (con un dejo de humor característico) en el local de H.I.J.O.S que decía algo así como: “Si querés tener la foto que siempre soñaste y nunca pudiste tener, ahora es tu oportunidad, no te la pierdas. Llamame”. Se corrió la voz y fueron varios más los que pidieron su foto. Tras dos años de trabajo intenso, desde 1999 a 2001, Lucila Quieto realizó un total de trece “historias” (así las nombra ella) de hijos e hijas de desaparecidos fotografiados con sus padres y madres. (Ana Longoni, “Apenas, nada menos”. Disponible en <<http://casanovaarquologia.blogspot.com.ar/>>.)

b. Transcribimos la primera entrevista al hermano de Mariana como ejemplo del conflicto por la identidad y la opinión que el joven mantenía en ese año sobre las Abuelas:

Hasta el 27 de abril del año último, Guillermo Francisco Gómez era un típico joven del Gran Buenos Aires que trabajaba y buscaba aprobar la última materia para concluir el secundario en la Escuela de Educación Técnica 4 que funciona en la I Brigada Aérea de Morón. Pero esa mañana se acercó a su trabajo una joven apenas un año mayor que se identificó como Mariana Eva Pérez y dijo que era su hermana. Le dejó una carta y un libro en el que señaló una página con una foto perteneciente a Juan Manuel Pérez, de cierto parecido con él, que había desaparecido en la dictadura militar. Sin hablar con sus padres, Francisco Gómez, jubilado como empleado civil de la Fuerza Aérea, y Teodora Jofré, Guillermo concurrió a la asociación Abuelas de Plaza de Mayo “para confirmar si yo tenía una hermana”, contó a *La Nación* en una entrevista en la que no aceptó fotografías porque “no quiero que todo el mundo sepa quién soy”. El 8 de febrero esa entidad anunció oficialmente que Guillermo había sido identificado biológicamente como hijo de Patricia Roisinblit y Juan Manuel Pérez Rojo, desaparecidos en 1978, como nieto de Rosa Roisinblit, vicepresidenta de la asociación, y de Argentina Pérez, también de Abuelas, y como hermano de Mariana Eva Pérez.

Roisinblit informó que el joven, que habría nacido en el centro clandestino de detención que funcionó en la Escuela de Mecánica de la Armada, había sido sometido a un análisis de sangre en el banco genético que la entidad tiene en Estados Unidos. Ese mismo día, Francisco Gómez fue detenido por la jueza federal María Romilda Servini de Cubría, bajo sospecha de haberse apropiado ilegalmente del menor y de haberlo inscrito como hijo natural. Según las propias expresiones de este joven simpático y expresivo, fue uno de los peores días de su vida.

—En este proceso judicial, ¿qué cosa estás dispuesto a hacer y qué no?

—El ADN no me lo pienso hacer. Quiero seguir siendo Guillermo Francisco Gómez, quiero seguir siendo hijo de mis padres y no de dos personas que no conocí.

—¿Cómo te trataron en Abuelas de Plaza de Mayo?

—Estoy bastante enojado. Se toman libertades que no les corresponden. Me llamó Estela de Carlotto a mi casa, sin que yo le haya dado el número de teléfono; supuestamente se lo quitó a Rosa Roisinblit para hablar conmigo. Lo último que hizo fue hablar de una buena manera. Me destacó que mis padres iban a quedar detenidos por algo que ellos decidieron hacer, que era un riesgo que decidieron tomar.

—¿Desde que conociste a tus abuelas, tuviste mejor relación con alguna de ellas?

—La primera impresión fue difícil porque es complicado entender que esas personas puedan ser tus abuelas, pero sentí más cariño de Argentina que de Rosa. Argentina es un poco más comprensiva. Rosa es muy fría.

—¿Cómo es tu trato con tu hermana biológica?

—Me llevo bastante bien. En un principio no, porque tiene ideologías que no comparto. Yo no tengo ideología. Puede ser por la manera en que pasó su vida. Creció sabiendo que la habían separado de sus padres y que le sacaron un hermano. Tiene mucho rencor guardado y lo vuelca sobre mis padres. Discutí mucho con ella y con mis supuestas abuelas hasta llegar a no hablarnos por cinco meses. Discutiendo con Mariana le expliqué por qué defiende tanto a mis padres: porque yo tuve padres. Tengo alguien por quien pelear, me siento responsable por algo, ella no.

—¿Hablaste con tus abuelas de evitar una instancia judicial?

—Sí. Se los pedí encarecidamente. Pero me contestaron que no estaba al alcance de ellas, que la querrela judicial estaba planteada desde 1987 y que no podían volver atrás.

—¿Cuál era tu proposición?

—Les decía que no fueran a la Justicia. Si lo que quieren es un nieto y un hermano, yo estoy. Carlotto me dijo que el error había sido mío porque tendría que haberme presentado ante la Justicia y que mis viejos se inculparan, así no les iba a pasar nada. Y en el caso de que no terminara libre mi viejo, mi vieja sí. Encima, me daban a elegir.

—¿Te dieron a elegir?

—Sí. No puedo decir nada más porque mi papá está detenido. Hicieron hincapié en que si yo me llegara a hacer un ADN podría cobrar una indemnización que me iba a servir para mi porvenir. Sentí que me estaban coimeando. Ni todo el oro del mundo va a poder hacerme cerrar los ojos en paz cuando me vaya a acostar sabiendo que mi viejo o mi vieja pueden estar en cana. Yo me acerqué a Abuelas de Plaza de Mayo para saber si Mariana era mi hermana. Lo único que buscan es encontrar gente que quizá no sepa nada para hacerles cargo de la muerte de sus hijos.

—¿Qué le dirías a quienes dudan de su origen?

—Que no se acerquen a Abuelas de Plaza de Mayo. Si tienen dudas que pregunten a sus padres y si no se lo quieren contar que se lo banquen si creen que les están mintiendo.

—¿Se hablaba en tu casa de lo sucedido en la dictadura?

—No. Pero mi papá estaba orgulloso de haber pertenecido a la Fuerza Aérea porque decía que no había tenido nada que ver.

—¿Recibiste alguna comunicación de la Fuerza Aérea?

—No. En cierta forma los culpables de que yo esté pasando esto son ellos, porque sabiendo el nivel de instrucción de mi papá, que lo único que sabe es escribir su nombre, en vez de hacer que firme la constancia de que estaba anotando en un registro civil a un hijo propio le hubieran hecho hacer el trámite de adopción.

(María Elena Polack, “Quiero ser hijo de mis padres, no de gente que no conocí. Otro emotivo y complejo caso de recuperación de identidad. Acepta a su hermana, pero está enojado”. *La Nación*, 18 de febrero de 2001. Disponible en: <www.lanacion.com.ar/52827-quiero-ser-hijo-de-mis-padres-no-de-gente-que-no-conoci>.)

c. Transcribimos la parte final de la entrevista a Mariana:

Mi hermano sabía que Gómez podía quedar preso, lo sabía antes de saber los resultados de los análisis. Si hay una causa penal abierta para encontrarlo, cuando se lo identifica hay que notificar a la Justicia, no hay otra posibilidad. El cree que tiene la opción de ser Gómez o ser Pérez. No es así,

él es quien es. Teodora Jofré y Francisco Gómez nunca tuvieron un hijo, mintieron, anotaron como propio un hijo de otros, el hijo de mis padres. Es duro pero es así. No se trata de pensar si la verdad le duele o no, las leyes no son negociables. Gómez confesó su delito y por eso quedó preso. (Josefina Giglio, “Ahora, él ya sabe lo que tiene que saber. Otro emotivo y complejo caso de recuperación de identidad. Mariana Pérez terminó de reconstruir su propia historia”. *La Nación*, 18 de febrero de 2001. Disponible en: <www.lanacion.com.ar/52826-ahora-el-ya-sabe-lo-que-tiene-que-saber>.)

d. Extraigo del *blog* una carta que Mariana le dirige al juez Rafecas sobre el actual juicio. Ahí hace un severo cuestionamiento a la justicia. Su título es: “Esto es presión sobre la Justicia”:

Querido Juez Rafecas:

Te recontra agradezco la detención de Graffigna y espero que le agarres el gustito y sigas por toda la patota de la RIBA, rápido no sea cuestión que se profuguen, que además de un peligro es un verbo repudiable desde el punto de vista estético. Aprovecho para contarte una historia muy emocionante protagonizada por la pequeña huérfana que fui mucho antes de ser la heroica querellante de hoy. No tendría más de seis o siete años cuando le expliqué a mi abuela Argentina que mis papis estaban muertos. Mi razonamiento era sencillo: si estuvieran vivos me vendrían a buscar, le dije. Yo sé que vos imputás por privación de la libertad, es la que te cabe y te lo recontra mil agradezco para empezar, pero fijate, si yo pude deducir que los habían matado siendo tan chiquita, vos también podés. El desafío de imputar al mismo tiempo por desaparición forzada y por homicidio, es para vos. Sé que es una contradicción, pero todo es una gran contradicción en el mundo de la desaparición forzada, es su gracia. Te mando un abrazo y ojalá pronto me puedas decir dónde están, qué les hicieron, quién, cuándo, esas cosas que no dejan vivir.

Tuya siempre,
Princesa Montonera.

Muy pronto nuevas presiones sobre la Justicia, esta vez sobre el fuero civil y la querida Sala F de la Cámara de Apelaciones.

(Disponible en: <princesamontonera.blogspot.mx/2013/esto-es-presion-sobre-la-justicia.html>).

BIBLIOGRAFÍA DE REFERENCIA

- AGAMBEM, Giorgio (2002). *Lo que queda de Auschwitz: el archivo y el testimonio*. Valencia: Pre-textos.
- CALVEIRO, Pilar (2006). "Testimonio y memoria en el relato histórico". *Acta Poética*, vol. 27, núm. 2 (2006): 65-86.
- FRIEDLANDER, Saul (1992). *Probing the Limits of Representation. Nazism and the "Final Solution"*. Cambridge: Harvard University Press.
- GATTI, Gabriel (2008). *El detenido-desaparecido. Narrativas posibles para una catástrofe de la identidad*. Montevideo: Ediciones Trilce.
- HIRSCH, Marianne (1997). *Family Frames: Photography, Narrative and Postmemory*. Cambridge: Harvard University Press.
- JITRIK, Noé (2013). "Discursos sociales y discurso en crisis". Coloquio Discursos sobre Discursos. Trigésimo aniversario de la revista *Discurso, teoría y análisis*.
- PEREZ, Mariana Eva (2012). *Diario de una Princesa Montonera -110% Verdad-*. Buenos Aires: Capital Intelectual.
- ROBIN, Régine (2013). *La memoria saturada*. Buenos Aires: Waldhuter Editores.
- VÁZQUEZ VILLANUEVA, Graciana (2010). "Decir la verdad/no matarás: la izquierda argentina en debate por su responsabilidad". *Discurso, teoría y análisis*, vol. 30.
- VÁZQUEZ VILLANUEVA, Graciana (2013). "Memoria y responsabilidad: una paráfrasis ética (la escritura de Héctor Schmucler)". *Discurso, teoría y análisis*, vol. 32.